

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

OTRO ESTUDIO DE MUJER

A LEÓN GOZLAN

COMO TESTIMONIO DE SINCERO COMPAÑERISMO LITERARIO

Todo el que frecuenta los bailes públicos y las reuniones íntimas de París, sabe perfectamente que la velada tiene dos partes de diversa índole; figuran en la primera los invitados por pura cortesía, el elemento oficial, gente elegante que asiste á la fiesta para aburrirse; se nota desde luego que todas las actitudes son frías y estudiadas, porque cada cual procura parecer bien al vecino. Apenas hay muchacha que no concurra con la idea de agradar á una persona única; y cuando está convencida de que es la más bella entre todas las mujeres para el sujeto en cuestión, no sin que imagine á la par que otros muchos piensan de igual modo en lo que se refiere á sus encantos, y después de frases insignificantes como las que siguen, cambiadas al azar: «¿Irá usted temprano á la Camprade?» «¿Sabe usted que ha cantado bien la señora Portenduere?» «¿Quién es aquella... aquella, la pequeñita, cargada de diamantes?», después de haberse entretenido con estos y otros epigramas que si bien proporcionan un goce tan efímero para las murmuradoras, producen heridas á lo mejor que no se cicatrizan nunca, los grupos se aclaran, los indife-

rentes van desapareciendo, y las bujías que han ido consumiéndose arden ya á la altura de las arandelas. La señora de la casa ruega en este punto y hora á varios artistas, á las personas de buen humor, á los íntimos, que se queden algunos instantes más, diciendo: «No se vaya usted tan pronto; cenaremos en familia». Los concurrentes pasan á un saloncillo, y entonces empieza la segunda parte de la velada, que es la valedera; como que, siguiendo las prácticas y usos del antiguo régimen, no hay quien entienda cosa distinta de lo que se habla, y participan todos de la conversación y todos se creen obligados á descubrir su ingenio y á procurar que los contertulios se distraigan. Lo más insignificante resalta, y las risas francas, estrepitosas, suceden al aire afectado que pasa por los rostros más lindos entristeciéndolos. En resolución, ocurre que acaba el sarao y la alegría inaugura su reinado. El sarao, que no es ni más ni menos que una especie de revista aparatosa del lujo, un desfile de la vanidad humana en traje de etiqueta, puede tomarse como invento inglés, de los muchos que parecen expreso para *mecanizar* á las demás naciones. Inglaterra se empeña por lo visto en que el mundo entero se fastidie como ella se fastidia, y aun en la misma proporción. Esta segunda parte de la fiesta, á que me refiero, es, por tanto, en Francia, algo á modo de protesta feliz que hace el carácter jovial y vivo de la nación; por desgracia, no son muchas las casas que siguen el ejemplo, y la causa es bien simple: si no se cena más frecuentemente hoy, consiste en que bajo ningún régimen existieron gentes menos acomodadas, de dudosa posición, de fortuna firme, que en el reinado de Luis Felipe, durante el cual se restableció positivamente el período revolucionario. No hay quien no corra tras de un ideal que parece escapársele, á tras de soñados tesoros. El tiempo obtuvo valor extraordinario, de tal manera, que no se atrevía nadie á pasar la noche en claro y meterse en casa por la mañana para levantarse tarde, porque el obrar así resultaba un derroche sólo comprensible en los prodigos. Imposible, pues, como no fuese en casa de las damas opulentas tropezar con estas veladas íntimas, y aun

debe añadirse que á contar desde julio de 1830, son muy raras las señoras que disfrutan de tal privilegio en París. No obstante la oposición pasiva del barrio Saint-Germain, dos ó tres mujeres, poniendo en este número á la marquesa de Espard y á la señorita de Touches, obstinadas en conservar la influencia que ejercen sobre el mundo elegante, se han negado á cerrar sus salones.

El de la señorita de Touches, tan célebre en París, ha sido el último refugio del clásico ingenio francés, con su penetración profunda, con sus agudezas regocijadas y su exquisita cortesía. Allí puede observarse aún que hay gracejo en los modales, contra las formas convencionales de la educación; confianza y naturalidad en los coloquios, no obstante la reserva con que se tratan las personas cultas, y lo que es más digno de las ideas generosas y nobles; nadie oculta allí su pensamiento con intención de aprovecharlo para un drama, ni cree nadie que todo relato pueda dar origen á un libro. En una palabra, no se hiergue el repugnante esqueleto de una literatura que puede considerarse muerta, por un chiste afortunado ó por un asunto que ofrezca algún interés.

Grabóse en mi espíritu con más fuerza el recuerdo de una de estas veladas, no tanto por cierta narración confidencial, en que el ilustre de Marsay levantó uno de los velos más ocultos del alma de la mujer, como á causa de las observaciones que suscitó hablando del cambio que se nota en el corazón de la francesa desde la revolución fatalísima de julio.

Casualmente se habían reunido en la fiesta á que me refiero varias personas de mérito incontestable y que han conseguido al fin renombre europeo; y conste que no cito esto para vanagloria de Francia, puesto que se encontraban algunos extranjeros entre nosotros. Por otra parte, los que brillaban más en aquella ocasión, no eran precisamente los más célebres. Réplicas vivas, ingeniosas, dichos agudos, chistes de buena ley, descripciones de sucesos narrados con pulcritud incorregible y brillante colorido, todo eso enriqueció el palique que fluía con natural gracejo, prodigándose sin forzar ni rebuscar el epigrama,

que brotaba delicadamente de los labios saboreándolo con deliciosa fruición los oyentes. Las personas cultas y de esmerado trato distinguieron por la verbosidad de su palabra y por lo ameno de su imaginación. No niego que en toda Europa hubiera sido fácil encontrar elegancia en los modales, cordialidad en las costumbres, sencillez, talento; pero sólo en París, en el salón de que hablo y en los demás que cito, se derrochó á manos llenas el ingenio, dando á las referidas dotes sociales un conjunto agradable y caprichoso, y no sé qué gracia juguetona que hacía serpentear de imaginación en imaginación la corriente inextinguible de ocurrencias, de pensamientos, de historietas picantes, de datos históricos... Sólo París, capital del buen gusto, posee la ciencia que convierte toda conversación en palenque, donde se descubre el talento de cada cual por un rasgo característico, donde todos tienen una frase feliz que viene á ser como resumen de su experiencia y donde todos se divierten y gozan, aprovechándose de la alegría común. Resulta de eso que, únicamente en reuniones así, puede uno cambiar ideas, sin que, como el delfín de la fábula, se lleve sobre las espaldas un mono que excite la risa; no se corre el riesgo de que las gentes no nos comprendan, ni el peligro de cambiar en el juego oro por cobre. Los secretos no se descubren abusando de la confianza, y la conversación que se abre con la ligereza y facilidad del palique acaba por ser profunda: la voz ondula, arrastra los dichos y los vuelve al punto de partida, no sin que cambien de aspecto y de colores á cada frase que se pronuncia. Las sátiras agudas y los cuentos breves, vivos, se suceden con rapidez, porque todo el mundo está pronto para coger el vocablo de la boca á su interlocutor. Los ojos escuchan, los gestos interrogan y la fisonomía responde; allí, en resolución, puede asegurarse que todo es ingenio, idea. Francamente, en ninguna otra ocasión me sedujo y hechizó tanto como en aquella el fenómeno oral, que ofrece un arma poderosa al actor y al cuentista, cuando lo manejan con arte y lo tienen bien estudiado; pero conste que no fui yo solo quien estuvo bajo el imperio de esta fuerza sugestiva, sino que pa-

samos todos una velada deliciosa. El coloquio, que jugueteó finalmente en los labios con la amenidad de la anécdota, dió margen á confidencias curiosas: aparecieron retratados de cuerpo entero algunos personajes, y se contaron mil y mil locuras que convierten la improvisación en cuadro brillante, pero intraducible: dejando, pues, á todas estas cosas de que hablo su sabor, su naturalidad áspera, sus alteraciones engañosas, presumo que interpretarán mejor los que leen y no lo conocen el encanto de una de estas reuniones, retratada en el momento en que la familiaridad más expansiva hace que olvidemos los intereses particulares, la vanidad, ó si se quiere las pretensiones de cada uno.

A las dos de la madrugada, después de la cena, no se veían alrededor de la mesa más que personas de intimidad probada durante quince años de trato afectuoso, y entre los extraños gentes de reconocido buen gusto, de exquisita educación y de mucho mundo. Por convencionalismo á que nadie faltaba, durante la cena prescindía cada cual de su rango, de su significación propia. Era de buen tono que reinase entre los reunidos la más absoluta igualdad, y puede afirmarse que no había persona que no estuviese orgullosa de su carácter y de sus méritos. La señorita de Touches no consiente que los convidados abandonen la mesa hasta la hora de retirarse, porque tiene bien visto que los ánimos cambian totalmente al cambiar de decoración ó de escena. El encanto que reina en el comedor exaltando los espíritus, se rompe en cuanto se abandona esta pieza íntima para trasladarse al salón. Afirma Sterne que las ideas de un autor después de afeitarse difieren de las que tenía cuando la barba era crecida. Y si Sterne habla razonablemente, ¿será atrevido afirmar que cuando uno come no tiene el mismo temple que cuando vuelve á la sala? Como que ya no reina el mismo ambiente de confianza, ni está tan cargada la atmósfera que se respira, ni llena la pupila el encantador desorden que á los postres arruga los manteles, ni se goza de las comodidades, del abandono, de la tranquilidad, que ensancha nuestros pulmones y atempera nuestro espíritu cuando nos rego-

deamos en la actitud propia del hombre satisfecho, muellemente reclinado en una de esas sillas perezosas que se construyen hoy. ¿Quién me asegurará que no se habla más á gusto que en otra parte alguna, á los postres, mezclando las palabras con sorbos de vinos excelentes, y en el momento delicioso en que á cualquiera se le permite que ponga el codo sobre la mesa y apoye la cara en la mano? Ocurre en estos casos el fenómeno de que le guste á todo el mundo hablar y escuchar. La digestión, que casi siempre se presenta cortés y fina, es según los caracteres, ó habladora ó muda, y así no hay quien no disfrute á su manera. Y ahora dígame si podía yo prescindir de este exordio para preparar á mis lectores, queriendo que les solace y divierta la narración íntima, en que, confidencialmente, nos pintó un hombre célebre (que está ya entre los muertos) el cándido disimulo de la mujer, refiriéndonos la anécdota con el gracejo propio de los que tienen mucho mundo, y que por haber visto tanto en su vida, convierte á los hombres de estado en deliciosos narradores cuando, como ocurría á los príncipes de Talleyrand y de Metternich, se dignan narrar sus impresiones.

Hacia seis meses que de Marsay desempeñaba el cargo de primer ministro, y era tonto disputarle su talento, pues las pruebas que dió en este breve período no tenían cuento posible. Cierto que los que le conocían de larga fecha no se admiraban de verte desplegar las energías, el talento, las diversas aptitudes que distinguen al estadista, pero cabía la duda de si habían formado aquel carácter las circunstancias ó si abrigaba él la convicción de que era un gran político cuando se arriesgó á mezclarse en los asuntos del país. Planteóle este problema, con intento puramente filosófico, un intelectual, un observador finísimo, á quien acababa de nombrar prefecto, periodista probado y que le admiraba sinceramente, sin que mezclara en la expresión de este sentimiento noble las reticencias con que todo hombre de valer procura, á lo menos en París, excusar la admiración que profesa á otro ilustre.

—Habrás impulsado la vocación de usted señalán-

dola á su entendimiento, un hecho cualquiera, una idea recogida al azar, un deseo imperioso del espíritu —le dijo Emilio Blondet,—pues todos vemos, como Newton, caer la manzana, y el espectáculo nos impulsa á buscar el medio ambiente en que se desarrollan nuestras facultades...

—Sí, exacto—respondió de Marsay.—Voy á contar cómo fué.

Todos los que escuchaban al primer ministro, sus íntimos, mujeres lindísimas, artistas, políticos remilgados, viejos y jóvenes, adoptaron las posturas más cómodas. Creo inútil añadir que habían desaparecido los criados, que la conferencia era á puertas cerradas, y que hasta se corrieron los portiers. Era tan profundo el silencio que reinaba, que se oyó disputar á los cocheros en los patios y resonar las manotadas con que los caballos descubren la impaciencia con que esperan el momento de volver á las cuadras.

El ministro comenzó á decir, jugando distraídamente con el mango, nácar y oro, de su cuchillo:

—Para ser estadista, amigos míos, es necesario reunir en una cualidad única las condiciones siguientes: hay que saber dominarse siempre, descontando lo imprevisto, siendo espectador imparcial y frío (y esto en las intimidades de la conciencia) de todos los sucesos que caracterizan la vida universal, con sus sentimientos y sus pasiones. Es como si tuviéramos una tabla de reducciones, de código moral, con sus sentencias, para juzgar inmediatamente todas las cosas.

—Ahora me explico—dijo lord Dudley—por qué son tan raros los estadistas en Francia.

—Si lo miramos desde el punto de vista sentimental—continuó el ministro,—el hecho es horrible; y cuando el fenómeno de que hablo se verifica en un joven... por ejemplo Richelieu, quien, advertido la víspera del peligro á que le expuso el aventurero Concini, durmió hasta las doce, siendo así que tenían que matar á su bienhechor á las diez, cuando se verifica, repito, el fenómeno en un alma joven, Pitt ó Napoleón, si se me permite, resulta una monstruosidad. Y aquí me tienen ustedes convertido en monstruo, antes de hora, y gracias á una mujer.

—Creía yo—dijo la señora de Montcornet sonriendo—que nuestra misión era más propia para deshacer políticos que para hacerlos.

—El monstruo á que me refiero no lo es sino porque sabe resistirlas á ustedes—replicó el narrador inclinando respetuosa é irónicamente la cabeza.

—Si se trata de una aventura amorosa—añadió la baronesa de Nucingen, — propongo que no la interrumpa nadie con sus reflexiones.

—¡Claro, como que la reflexión es tan opuesta al amor!—exclamó José Bridau.

—Tenía diez y siete años—prosiguió de Marsay—cuando la Restauración se consolidaba, y mis amigos de aquellos tiempos pueden certificar si era yo ardiente é impetuoso. Amaba con los arrebatos del primer amor, y bien puedo confesar ahora que me tenía por uno de los más lindos entre la juventud de París. El ser guapo y el ser joven son ventajas que nos proporciona la casualidad, pero nos enorgullecen como si se tratase de una conquista. En cuanto á las demás cualidades, comprenderán ustedes que no diga palabra. Como ocurre á todos, en la primer volada, quería yo á una mujer que tenía seis años más que yo, y es inútil—observó paseando su mirada en torno de la mesa,—es inútil que los presentes se devanen los sesos buscando su nombre ó queriendo reconocer el retrato. El único que en aquella época penetró mi secreto es Ronquerolles, pero me consta que lo guarda delicadamente: añado que hubiera temido el influjo de su sonrisa, pero se ha marchado ya.

—Sí, no quiso esperarse á la cena—interrumpió la de Nucingen.

—A los seis meses, loco de amor, incapaz de advertir que el enamoramiento me estaba asesinando, me entregaba con cuerpo y alma á todos los ensueños adorables que constituyen el triunfo y la dicha pasajera de la juventud. Guardaba, como perlas finas, sus guantes usados; hacía hervir y bebía la infusión de las flores que *ella* lucía, y me levantaba á altas horas de la noche para pasearme debajo de *sus* ventanas. Toda mi sangre fluía al corazón cargada con los perfumes que *ella* había aspirado. ¡Y cuán

lejos me hallaba yo de reconocer que las mujeres son sartenes con fondo de mármol!

—¡Oh, tenga usted compasión de nosotras y no nos condene así!—dijo, ahogando la risa, la señora de Montcornet.

—Entonces habría confundido muy á gusto con los rayos de mi cólera al filósofo que ha divulgado pensamiento tan profundo y de tan tremenda exactitud. Reconozco en ustedes demasiado talento para que necesite añadir explicaciones; sobra con las breves palabras que acabo de pronunciar para que recuerden todos sus locuras. Dama como no hubo otra, y, para colmo de ventajas, viuda sin hijos (¿qué más se le podía exigir?), parecía que, aislándose de todo lo que no fuese nuestro amor, se empeñaba en apretar el lazo que á su vida me uniese con sus cabellos. Si loco era yo, loca era ella, y ¿cómo no creer en la pasión que está garantida por el mismo apasionamiento? A la par aguzábamos el espíritu para ocultar nuestro cariño á todo el mundo, y puedo decir que lo lográbamos. ¡Ahora figúrense ustedes si tendrían encanto y poesía nuestras escapatorias de colegial! No quiero hacer su retrato; era entonces la perfección suma, y aun hoy rivaliza con las más hermosas de París; pero aseguro que cualquiera habría cerrado los ojos consintiendo en que le matasen después de haber conseguido una mirada suya. La fortuna de que disfrutaba hubiera bastado para subvenir á las necesidades de toda mujer amante, querida locamente; pero la Restauración, dando más lustre á su cuna, obligábale á dispendios poco conformes con sus rentas, y era yo tan fatuo que maldito si pude maliciar lo que ocurría. No digo que no fuese yo celoso como cien Otelos; lo que aseguro es que dormitaba en mi corazón sentimiento tan horrible, como dormita el oro en la pepita que le encierra. Hubiérame hecho apalea por mi criado si se me llega á ocurrir poner en tela de juicio la pureza de aquel ángel tan delicado y tan vivo, tan rubio y gracioso, casto, ingenuo, y cuya mirada azul llegaba hasta lo más profundo de mi corazón dejándose avasallar adorablemente por la de mis ojos. Jamás vi que vaci-

lara, ni tuve que recriminarle ningún gesto; ¡siempre blanca, fresca y sumisa al bien amado como el lirio oriental del *Cantar de los cantares!*... ¡Ay, amigos míos!—añadió con dolorosa queja el ministro, sintiendo pasar por su alma el soplo divino de la juventud—¿no hay para estrellarse contra una roca cuando se ve uno obligado á desvanecer tan misteriosa poesía?

Esta exclamación ingenua repercutió, como el eco, en los convidados, avivándoles la curiosidad, tan discretamente excitada por el narrador.

—Caballero en el soberbio Sultán que me envió usted desde Inglaterra —dijo dirigiéndose á lord Dudley,—pasaba yo todas las mañanas junto á su carretela, cuyos caballos iban al paso expresamente; las flores de su ramito me advertían dónde podíamos reunirnos, cuando no era posible que cambiásemos breves palabras en el paseo. Por más que nos veíamos casi todas las tardes, y aunque no me faltaba carta suya todos los días, habíamos adoptado un plan para entendernos sin que nos descubriesen miradas importunas ni despertar sospechas; no mirarnos, ni aproximarnos en público y hablar mal uno del otro siempre que se ofreciera coyuntura. Los socorridos recursos de fingirse amante desdeñado, ó jactarse de mirar con desdén á quien se ama, ó manifestar admiración porque el objeto amado se fije en uno, aunque sea para despreciarle, no tienen tanta eficacia como confesar con falsa pasión que se adora á quien nos es indiferente y distinguir con nuestra frialdad al verdadero ídolo. Todos los amantes que manejen hábilmente este juego, engañarán como gusten á los extraños; pero conste que para ello deben hallarse seguros de su mútua fidelidad. La pantalla de mi querida era un cortesano, que gozaba de gran influencia, y á quien no recibía nunca. Representábase la comedia para burlar á los necios y para que fuese la comidilla de los salones, donde se comentaba viendo la aventura. Claro está que entre ella y yo no se había proyectado afirmar nuestro cariño por el matrimonio: los seis años que nos separaban podían preocuparla en este sentido, y debo hacer constar

que ignoraba cuál era mi posición, cosa que por sistema he ocultado siempre. En cuanto á mí, teníanme tan loco su ingenio, sus modales, la profundidad de sus conocimientos y su dominio del mundo, que le habría concedido sin vacilar mi mano. Por otra parte, la reserva en que nos manteníamos me halagaba mucho. Si, adelantándose á mis propósitos, me hubiera hablado de casamiento, tal vez me hubiera desilusionado el ver no sé qué impulsos vulgares en alma tan perfecta. ¡Seis meses de locura vertiginosa, un diamante de los más ricos y relucientes, eso fué mi enamoramiento en este bajo mundo! La fiebre de amar que deja en lasitud nuestros miembros y sume en tristeza sombría nuestro ánimo, me obligó á escribirle dos palabras difiriendo la celebración de una de aquellas fiestas íntimas cuyo esplendor ocultábase bajo los techos de París, como se ocultan las perlas en el fondo del mar. Cuando hube enviado la carta, sentí remordimiento. «¿Creerá que no estoy bien?» Mostrábaseme celosa, suspicaz, y, cuando los celos no son fingidos—observó de Marsay interrumpiendo su historia,—crean ustedes que pueden considerarse como signo evidente de un amor único...

—¿Por qué?—preguntó la princesa de Cadiñán.

—Porque cuando es único y sin falsedades el amor produce no sé qué enervamiento que armoniza perfectamente con el ensueño á que se abandona el espíritu. La mente complica todas las imágenes y las ideas fantásticas que se forja, y de tal modo trabaja para casarlas con la realidad, que se convierten en tormento del hombre: nadie me negará que este martirio es tan grato y adorable como importuno.

Sonrió un embajador notando, al sentir el chispazo de un recuerdo perdido, cuán justa era la observación.

De Marsay prosiguió:

—Además ¿hay quien renuncie voluntariamente á la dicha que ha acariciado en su imaginación? ¿no era preferible ir, calenturiento y todo, á verla? Como que al saber que estoy enfermo se me figura que es capaz de correr á mi lado. Hago un esfuerzo, escribo otra carta y como mi hombre de confianza estaba fuera,

me decido á salir. Tuve que cruzar París, pues me separaba el río; á una distancia prudente busco á un mandadero y le encargo que entregue la misiva sin pérdida de tiempo; se me ocurre la linda idea de pasearme en coche por delante de su casa para saber si recibe casualmente los dos escritos á la vez. Me he aquí que no hago más que llegar, á las dos cuando se abre la puerta con el objeto de que pase en carruaje, ¿de quién?... Del otro, del que servía de pantalla á nuestros amores... Declaro que al hablar de esta aventura que corrí hace quince años, el orador agotado, el ministro de corazón empedernido, por lo han vuelto tal los embates de la cosa pública que siente aún hervirle la sangre y cierto ardor en el diafragma. Al cabo de una hora vuelvo á pasar: el carruaje sigue en el patio; no hay duda, mi carta debe haber pasado aún de la garita del portero. Por fin, á las tres y media arrancan los caballos, puedo observar la fisonomía de mi rival: estaba grave, serio; no sonreía; pero amaba, y algo debió haber ocurrido. Corro entonces á la cita; poco después llega la reina de mi alma, y la veo tranquila, pura, amorosa. Debo confesaros, ya en este extremo que no solamente me pareció siempre estúpido Otelo sino también de mal gusto. Sólo un hombre de probada costumbre puede obrar como él lo hizo. Shakspeare sintió de un modo admirable, titulando su obra *El Moro de Venecia*. La presencia de la mujer querida sirve de bálsamo para el corazón que sufre y calma el dolor y disipa las dudas y los pesares. De mí se dice que desbarató mi cólera y me mostré sonriente. La juventud y el amor me prestaron aquel gesto risueño que á mi edad, fingido, habría rayado en el disimulo horrible. En cuanto hube aplacado mis celos, tuve fuerzas para entretenerme en sondear el ánimo de mi amada. Tenía el aire de enfermo, bien claro estaba, y las dudas horribles que me habíais estado martirizando completaban la visión. Aproveché la primera oportunidad para decirle: «¿No has recibido á nadie esta mañana?» Inspirábase esta pregunta la inquietud que despertó en mi alma el temor de que no hubiese aprovechado la libertad

en que la dejaba mi primera esquila. «Es preciso ser hombre, repuso, para discurrir de tal modo. Pienso yo en otra cosa que en tus sufrimientos? Hasta que he recibido el segundo aviso no he hecho más que buscar el medio más hábil de verte». «Así, pues, has estado sola?» «Sola», contestó con una maravillosa expresión de inocencia, que irritado por un gesto igual debió matar á Desdémón al Moro. Como no había en el hotel otros habitantes, la respuesta era una mentira horrible. Y ahí tienen ustedes cómo un solo embuste puede destruir la confianza absoluta que para ciertos seres constituye la esencia del amor. Para explicaros todo lo que pasó por mi alma en aquel momento, fuera preciso imaginar que poseemos un ser interior que encubre nuestra forma externa, y que ese ser brillante como la luz parece al propio tiempo fugitivo y delicado como la sombra... Pues bien: ese maravilloso yo rióse rápidamente envuelto por una gasa lúgubre que no abandonaría jamás. Sentí, puedo asegurarlo, que una mano helada y seca me vestía con el sudario de la experiencia, condenándome al luto eterno con que nos abate la primera traición. Cobré animos pensando con orgullo al mismo tiempo que humillaba los ojos para que no se fijase en mi asombro: «Si te engaña: es indigna de ti». Disimulé mi sonreír y las lágrimas que me asaltaron, fingiendo que redoblaban mis dolores, y la dulce criatura se empeñó en acompañarme á casa, bajando las cortinillas del coche; demostróme durante la travesía tanta ternura y tanta solicitud, que apuesto á que hubiera engañado al mismo Moro de Venecia, que elijo como punto de comparación. ¿Y por qué no? Si este niño grande (no era más que eso, un niño grande) vacila dos segundos ¿hay espectador que no adivine que es capaz de pedir á Desdémón que le perdone? Por lo demás, yo creo que el matar á una mujer no es propio más que de una criatura. Mi amada lloró al dejarme, probándome que sentía no poder convertirse en mi enfermera: envidiaba la dicha de mi ayuda de cámara, quien no tenía por qué separarse de mi lado: ¿cómo habría resumido y con qué fuerza,

las sensaciones de este pasaje la virtuosa y feliz Clarisa! Siempre hay un pícaro mono en la más linda y la más angelical de las mujeres.

Tanta verdad había en estas palabras y fueron formuladas con acento tan cruel, que no hubo dama que no inclinara la vista.

—No quiero explicaros cómo pasé aquella noche y cuán terrible fué para mí la semana siguiente; pero á la postre de mis angustias y sufrimientos reconocí mis aptitudes para ser hombre de Estado.

Con tanta ingenuidad hizo esta declaración, que nadie pudo reprimir un gesto de asombro.

De Marsay continuó:

—No sé qué espíritu infernal me presentaba los innumerables y crueles medios con que podemos vengarnos de una mujer (y cuando se ama como amábamos nosotros, valga decir que eran terribles, de irreparable efecto); pero he de añadir que repasándolos en mi memoria, me sentía empedregado, y que insensiblemente formulaba en mi imaginación los principios de un código desgraciado, el de la Indulgencia. Cuando nos vengamos de una mujer ¿no reconocemos tácitamente que es única para nosotros y que no podemos prescindir de ella? Y siendo así ¿es acaso la venganza el medio más hábil para reconquistar su cariño? Y si no es indispensable á nuestra vida, ¿si hay otras que puedan embellecerla, ¿por qué disputarle el derecho de ser voluble, derecho que estúpidamente nos abrogamos? Claro está que lo que razono, entiéndase bien, no es valadero sino en los pleitos pasionales; en otro orden de ideas, la conclusión sería antisocial, y no hay mejor prueba de que se impone el matrimonio indisoluble que la inestabilidad misma de la pasión. Los sexos deben quedar encadenados, como bestias feroces que son al fin y al cabo, por leyes fatales, inexorables, fijas. Si se suprime la venganza, la infidelidad pierde su fuerza en cuestiones amorosas. Los que estiman que sólo existe una mujer en el mundo para ellos, no deben alentar más que para el sentimiento de la venganza, y en este caso, no hay más que una, la de Otelo. He aquí la mía.

Esta frase produjo entre todos nosotros el movimiento imperceptible de ánimo que los periodistas señalan así en los discursos parlamentarios: «Profunda sensación».

—Restablecido de mi resfriado y libre del amor puro, divino, me entregué en cuerpo y alma á otra aventura cuya heroína era encantadora y cuya hermosura ofrecía caracteres contrarios á los de mi ángel engañoso. Pero no rompí, buen cuidado tuve, con esta mujer tan fuerte como hábil comedianta, pues ignoro si el verdadero cariño proporciona goces tan deleitosos y en el grado con que los prodiga un engaño prudente. La hipocresía vale en estos casos tanto como la virtud (y no digo esto por las inglesas, miladi)—añadió con suave acento el ministro, encarándose con lady Barimore, hija de lord Dudley.—En una palabra, procuré mostrarme rendido y apasionado como siempre. Quise proporcionar á mi nuevo ídolo algunos mechones de mis cabellos, y me avisté, para ello, con un artista expertísimo que habitaba por entonces en la calle Boucher. Se había calzado este hombre con el monopolio de los obsequios capilares, y doy su dirección para los que no tengan la cabeza muy poblada. Posee abundante repertorio de todas clases y colores. Después de explicarle mi deseo, facilitóme muestras de sus obras y pude admirar su labor pacientísima, más notable que cuanto en los cuentos se atribuye á las hadas y á los forzados. Me puso al corriente de todo lo que el capricho y las modas han ido introduciendo en tan importante materia. «De un año á esta parte, me dijo, impera la manía de marcar la ropa blanca con cabellos; felizmente, guardaba yo hermosas colecciones y no me faltaban distinguidas bordadoras». Estas palabras suscitaron en mi espíritu una sospecha, y para disiparla saqué mi pañuelo del bolsillo. «De modo, pregunté, que este trabajo está hecho en su casa con cabellos falsos?» Miró la prenda y repuso: «Oh, no se podía contentar tan fácilmente á la dama que lo pidió, porque exigía que combinásemos los matices de su pelo. Mi mujer marcó esos pañuelos por sus propias manos. Posee usted, caballero, una

de las obras más notables en este ramo». Sin este rayo de luz que vino á deslumbrarme, hubiera creído yo en cualquier cosa, hasta en la palabra de una mujer. Sali de aquella tienda, con la fe muy viva en los placeres; pero en punto á amores, sépase que me volví ateo como un matemático. Dos meses más tarde me hallaba sentado junto á la dama etérea, en su gabinete, sobre su sofá; aprisionaba una de sus manos, por cierto muy lindas, y trepábamos alegres por los Alpes del sentimiento, formando guirnaldas de flores, deshojando margaritas (hay un momento en la vida en que se deshojan margaritas, aun cuando se esté dentro de un salón y en él no haya tales margaritas...) En lo más exaltado de la ternura, y si se ama mucho ocurre que el amor tiene tal conciencia de su índole efímera, que todo enamorado experimenta el invencible deseo de hacer estas preguntas: «¿Me amas? ¿me amarás siempre?» Aproveché este momento elegíaco, tan tibio, tan florido, tan radiante, para obligarla á pronunciar sus más deliciosos embustes en el embriagador lenguaje de las exageraciones ingeniosas y poéticas propias del amor. Desplegó Carlota los más finos y sutiles recursos del arte de fingir; «de era imposible vivir sin mi cariño; no había otro hombre como yo en el mundo; temía que me pareciera fastidiosa, porque al verme no tenía sentidos sino para amar y los embargaba mi presencia de modo, que obscureciéndose el ingenio, parecía tonta»; por otra parte, confesaba que su exagerado apasionamiento le obligaba á desconfiar de sus fuerzas, porque sus impulsos eran más poderosos, y así, hacía seis meses que se afanaba en dar con un medio hábil que nos uniera perdurablemente; sólo había penetrado este secreto el Padre de todas las cosas: en fin, yo era en la tierra su Dios...

Picáronse las damas que oían á de Marsay, viéndose tan bien pintadas por los gestos, por los movimientos de cabeza, por los melindres con que ilustraba estas últimas palabras: la ilusión era completa.

—Cuando no había más remedio que darse á partido y creer todas aquellas mentiras agradables, solté esta pregunta: «¿Cuándo te casas con el duque?»

El golpe fué tan certero, sostuve con tal valentía su mirada, y acariciaba yo con tanta ternura su mano, que no se me pudo escapar el ligero é imperceptible estremecimiento de su ser: sus pupilas se rindieron y se colorearon sus mejillas con débiles tintas de rubor. Fingióse, sin embargo, profundamente admirada al decirme: «¿De qué me hablas? ¿Cómo... el duque...?» «Lo sé todo, añadí, y en mi opinión, deberías apresurar los acontecimientos; es rico, es duque, y aun más que devoto, religioso hasta lo inconcebible. Seguro estoy de que me has sido fiel, gracias á sus escrúpulos. No puedes imaginar hasta qué punto te urge el cogerle y atarle á sus ojos y á los de Dios; si no lo haces así, no saldrás del paso». «¿No estoy soñando?» exclamó marcando en su cabellera y por encima de la frente, quince años antes de la Malibrán, aquel tan célebre gesto de la Malibrán. «Ea, basta de chiquilladas, ángel mío», agregué, queriendo apoderarme de sus manos. Pero no pude, porque las cruzó sobre el talle con marcada gazmoñería y con aire de enojo. «Cásese usted, consiento». Correspondí á la mueca dándole este trato frío y cortés: «Mejor dicho, lo suplico». Cayó de rodillas murmurando: «Pero es horrible que me desprecies de ese modo; á ti, sólo á ti amo en el mundo, y puedes pedirme las pruebas que se te antojen». «Levántate, querida, y hazme el honor de ser franca». «Como si hablara con Dios». «¿Dudas de mi cariño?» «No». «¿De mi fidelidad?» «No». «Pues bien, yo he cometido el más grande de los crímenes, porque he dudado de tu fidelidad y de tu cariño. He desperdado de mi embriaguez, con ánimo sereno para mirar tranquilamente en mi redor». «¡Tranquilamente!, exclamó suspirando; con eso basta, porque veo, Enrique, que no me amas ya». Había encontrado, como veis, una puerta por donde escurrirse. Cuando ocurren estas escenas son peligrosos los adverbios; por fortuna la curiosidad le obligó á decir: «¿Y qué es lo que has visto, sepamos? ¿He hablado con el duque sino en presencia de las gentes? ¿has sorprendido en mis ojos...?» «No, en los tuyos no, en los suyos. Y me has obligado á que concurriese á Santo Tomás

de Aquino para ver que oías la misma misa que él.
 «¡Ah! ¿conque al fin he conseguido tenerte celoso?»
 «¡Cuánto daría yo por estarlo!» grité admirando la flexibilidad de aquella inteligencia tan viva y aquellas vueltas de acróbata que sólo saben admirar los ciegos de entendimiento. «Te aseguro, seguí, que me he vuelto incrédulo á fuerza de ir á la iglesia. El día que estuve constipado, y que me burlaste por primera vez, creyéndome en cama, recibiste en casa al duque, y me aseguraste, sin embargo, que no habías visto á persona alguna». «¿Sabes que tu conducta es infame?» «¿En qué? Estimo que tu casamiento con el duque es un excelente negocio; te proporciona un nombre envidiable, la posición que te conviene, la única, honrosa, brillantísima. Serás reina de los salones de París; y claro está que no obraría bien yo oponiendo obstáculos á tan soberbia alianza, que ha de proporcionarte honra y provecho. Algún día me harás justicia, Carlota, reconociendo que mi carácter es distinto del de otros jóvenes... Te vas á ver en el apuro de engañarme... Sí, y además en el más fuerte, de romper conmigo, puesto que él te espía. Ha llegado el momento de la separación, pues el duque es virtuoso y severo en sus costumbres. Es preciso que te portes con prudencia, sigue mi consejo. El duque tiene mucha vanidad y estará orgulloso de su mujer». «¡Ah, sollozó sin poder reprimir las lágrimas, ¡si hubieses hablado! Si hubieras querido tú (la culpa era mía, ¿comprenden ustedes?) nos hubiéramos retirado á un rincón, á vivir nuestra vida entera juntos, casados, felices para todo el mundo». «¿Qué hacerle? ya es tarde», repliqué besándole las manos y adoptando mi actitud de víctima. «¡Dios mío! Es que puedo deshacerlo todo». «No, estás muy adelantada con el duque. Haré un viaje para que nuestra separación sea más eficaz. Sería peligroso para uno y para otro que jugásemos con nuestro amor...» «¿Y cree usted, Enrique, que haya sospechado algo el duque?» Aun era yo Enrique, pero acababa de perder para siempre el tú. «No es probable, respondí adoptando los modales de un amigo; pero dé usted señales de devoción y reconci-

líese usted con Dios, pues el duque espera las pruebas, vacila y urge decidirlo». Levantóse, dió dos ó tres vueltas por el gabinete, presa de agitación que no diré si era verdadera ó fingida; después cabe pensar que descubrió la manera de dirigirme la mirada más conveniente y la de colocarse en la actitud más digna, porque se detuvo delante de mí, me tendió la mano, y dijo con acento conmovido: «Es usted leal, Enrique, noble, delicioso; no le olvidaré á usted jamás». Fué admirable la estrategia con que dijo todo esto, y estuvo encantadora en aquella transición, necesaria para la actitud en que pretendía colocarse respecto de mí. Y yo parecí por mis gestos, por mis miradas, tan afligido, que vi á punto de bambolearse el nuevo edificio de su gravedad; me miró, cogióme de la mano, atrájome hacia sí, me tumbó casi, aunque con dulzura, sobre el sofá, y murmuró después de un instante de silencio: «Me quedo muy triste, hijo mío. Usted me ama ¿no es verdad?» «¡Oh, sí!» «¿Y qué va á ser de usted entonces?»

Todas las damas cambiaron una mirada al oír estas frases.

—Si es cierto que el recuerdo de aquella infidelidad ha renovado mis heridas, cierto es también que aun me hace sonreír la memoria de aquella escena, por el aire de íntima convicción y de halagada vanidad con que esperaba mi amante, si no la muerte de mi cuerpo, por lo menos que no desapareciera nunca de mi alma el sello de melancolía perenne y cruel. ¡Oh, no se rían ustedes aun—siguió diciendo de Marsay á los convidados.—Hay más. Al cabo de una pausa en que la contemplé con dulce embeleso, repuse: «Eso mismo me he preguntado yo». «¿Y qué conducta piensa usted seguir?» «También me hice esa pregunta al día siguiente de estar constipado.» «¿Y qué?» agregó con marcada inquietud. «Que tomé mis medidas para insinuarme con la damita á quien algunos consideraban que yo quería cortejar». Levantóse Carlota, como corza asustada, tembló como una hoja, dirigióme una de esas miradas en que las mujeres olvidan toda su dignidad, todo su pudor, su delicadeza, hasta su gracia, la mirada relampagueante de la víbora que se ve

perseguida, acorralada en un rincón, y me dijo: «¿Yo que le quería! ¡Yo que luchaba! ¡Yo que...» Luego en el tercer apóstrofe, que dejó que adivinen ustedes la nota más armoniosa y aguda de órgano que oí jamás. «¡Dios mío! ¡y cuán desgraciadas somos, que no podemos ser queridas nunca! Nada hay que sea serio para vosotros ni aun en los sentimientos más puros. Pero, vaya, que no se os ocurre picardear sino cuando sois víctimas de nuestras burlas». «Bien veo, contesté con aire contrito; empleáis con exceso vuestro ingenio en los arrebatos de cólera para que sufra al sentirlos vuestro corazón». Este sencillo epigrama redobló su furor, y el despecho le prestó algunas lágrimas. «Me roba usted todas las ilusiones, haciéndome odiar el mundo y la existencia y convirtiéndome el alma». Me dijo todo lo que yo tenía derecho de echarle en cara, tan sencillamente, pero con tal descaro, con expresión ingenua, pero con tanta temeridad, que de seguro que hubiese dejado sin respiro á otro hombre que no fuese yo. «¿Qué será de nosotras, pobres mujeres, en la sociedad que nos impone la carta de Luis XVIII? (juzguen ustedes á qué punto la había arrastrado su fraseología). Está visto que hemos nacido para sufrir. En pasión resulta que nosotras exageramos la lealtad y vosotros nos sois inferiores. No tenéis ningún sentimiento honrado en el corazón. El amor es para vosotros un juego en que hacéis fulleras á todas horas». «Querida, objeté, llamar algo en serio dentro de la sociedad actual serio como si hilara uno el hilillo de oro del amor verdadero con una actriz». «¡Qué traición más infame!» «¿No le he sido razonada...» «No, razonable». «Adiós, señor de Marsay, me ha engañado usted horriblemente...» «Se acordará la señora duquesa, contesté adoptando una actitud servil, de las injurias de Carlota?» «Cierto que sí», repuso con tono amargo. «¿Quiere decirse que me detesta usted?» Incliné la cabeza y yo me hice esta reflexión: «Ahora es el momento». Salí, pues, dejándola creer que tenía algo de qué vengarse. Ahora bien, amigos míos, he estudiado mucho á los hombres que obtuvieron triunfos con las mujeres, y estimo que ni el mariscal Richelieu, ni Lanzún, ni Luis de Valois

han hecho nunca, por primera vez se entiende, tan hábil retirada. Por lo que toca á mi espíritu y á mi corazón, formáronse en aquel trance, y el imperio que entonces supe conquistar sobre los movimientos irracionales del ánimo y que nos obligan á cometer tantas torpezas, me ha procurado esta sangre fría que tanto celebran ustedes.

—¡Cuánto compadezco á la segunda!—observó la baronesa de Nucingen.

—¡Qué fácilmente se olvida!—exclamó el barón de Nucingen.

La ingenuidad del célebre banquero tuvo tal éxito, que su mujer, aquella *segunda* de Marsay, se vió obligada á reír como reían los demás.

Lady Dudley dijo:

—Veo que están todos predispuestos contra esa señora y que la condenan ustedes. Yo no opino así; comprendo que ella no viese en su matrimonio inconsciencia ninguna. Los hombres se obstinan en no distinguir la constancia de la fidelidad. Conozco á la mujer de quien nos ha contado la historia el señor de Marsay, y es una de nuestras damas más brillantes...

—¡Ay, miñadi—replicó de Marsay,—y cuánta razón le asiste á usted! Hace próximamente cincuenta años que presenciarnos el desmoronamiento de todas las grandezas sociales; debiéramos haber salvado á las mujeres de este naufragio horrible, pero el Código civil ha pasado sobre sus cabezas el nivel de sus artículos. Por terribles que sean estas palabras, pronunciamoslas: las duquesas se van, y las marquesas también. En cuanto á las baronesas, ruego que me perdone la señora de Nucingen, quien será condesa cuando se nombre á su marido par de Francia, las baronesas no han podido conseguir nunca que se tomara en serio su papel.

—La aristocracia principia en el rango de las vizcondesas—dijo Blondet sonriendo.

—Las condesas quedarán—añadió de Marsay.—Será una dama elegante más ó menos condesa, condesa del imperio ó condesa de la víspera; condesa rancia, de remota alcurnia, ó como se dice en Italia, condesa de corte. Pero lo que sí digo es que, por lo que se re-